



## QUITO, PUERTA DEL CIELO



*Cuando se vive permanentemente a 2.816 metros de altura no es exagerado pensar que se está en las puertas del cielo. La capital del Ecuador se halla en un alto valle interandino, ni a un metro menos de los indicados, y en verdad que es una ciudad cuasi celeste, antesala o zaguán del paraíso.*

*Esas grandes nubes redondas, blancas y esponjosas como copos de al-*



godón, que parecen insustituibles para representar a los bienaventurados, tienden en el aire de Quito su decoración todos los días, bogan por el azul celeste más intacto y se traspasan con los rayos puros de un sol acabado de acuñar. Las mañanitas quiteñas tienen toda la gloria de la alborada del Génesis: cuando Dios decidió crear el mundo después de pronunciar su «Fiat lux».

A fuer de puerta de la gloria, que no ha de estar mal ornada, Quito es una ciudad maravillosa, obra maestra de las manos de Dios y las de España. El artífice divino creó un admirable estuche natural y España, pensando en Dios, talló amorosamente una gema edilicia. Han pasado los siglos y, por desgracia, no ofrece el moderno Quito todos los realces del necesario decoro, pero la puerta andina de los cielos, joya del arte católico de España, es el orgullo de los ecuatorianos y objeto de universal admiración.

#### UN "BELEN" EN EL PICHINCHA

En un rincón de la gran hoya del Guayllabamba—que parece efectivamente una olla verde, colgada del firmamento por las asas nevadas del Cotopaxi y el Cayam-

be—, se abre un hoyito estrecho y escondido, en la misma ladera del Pichincha. El volcán hoy dormido bosteza allá arriba su «Rucu» y su «Guagua»,—su cráter viejo y su cráter niño, según la toponimia quíchua—, mientras un semicírculo de alturas menores cierra en todos sentidos el hoyito, surcado de barrancos y cursos de agua, con el hilo de plata del Machángara como una cuchillada en el costado.

En este agujero verde construyeron nuestros abuelos Quito, sobre las ruinas de la ciudad incaica, entre el otero redondo del Sol, hoy «Panecillo», y la larga colina de la Luna, ahora consagrada a San Juan. Jamás se ha construido una ciudad sobre un suelo más atormentado, aun sin contar con los temblores que eran frecuentes por aquellos días. El urbano tablero de ajedrez, con espaciosas plazas y derechas calzadas, se trazó en realidad casi en el aire. Ocultas arquerías cabalgan las quebradas y hay desniveles de cien metros en ocho o diez «cuadras» de edificación. Trepando osadamente por las faldas de su volcán, Quito parece un «belén» de nuestras navidades hogareñas, con sus casitas aupadas unas sobre otras, su río de lavanderas y de guijas, su cascada de «La Chorrera», casi colgada del cielo, y sus indios vestidos de encarnado, pastorcicos de barro y bermellón.

Magnífica vista de la ciudad de Quito—al fondo el Pichincha—, tomada desde el mismo lugar que el mapa de la página siguiente (Foto Rodo Wuth).



### IGLESIAS DIGNAS DEL CIELO

Dentro de este «belén» de maravilla, ingenua y felizmente coloreado en el mapa de Alcedo y Herrera, los artistas de España—ayudados muy pronto por una pléyade de talentos criollos e indígenas—, ornaron las puertas del cielo con todas las galas de la piedra, el lienzo, la madera, la plata y el oro. Solamente el hierro estuvo ausente en Quito, igual que en Lima, porque no lo daba la tierra y no se le traía de España más que para las espadas de los conquistadores. Construyeron éstos sus casas espléndidamente, soberbias casonas que, aun desfiguradas, constituyen todavía las tres cuartas partes del caserío de la ciudad. Pero, a fuer de católicos hispanos, edificaron todavía mucho más bellas las moradas de Dios...

¡Ah, las iglesias de Quito, verdaderamente dignas del cielo! Son más bien pequeñas, íntimas y ardientes; lindas y alhajadas como si fueran residencias particulares de los bienaventurados; camarines de la Virgen Santísima; garitas de centinela de los ángeles; celda gloriosa de San Francisco; púlpito de gala de San Ignacio y salones de toda la corte celestial. Son bellas en sus armoniosas moles barrocas, en sus cúpulas y cupulines de azulejos, en sus torres airosas y menudas, en sus perfectos claustros—ni trágicos ni frívolos—, en sus escalinatas y pretilos esceno-

gráficos, en sus fachadas como encajes de piedra y en sus retablos como brasas de oro.

Mas ya hablaremos otro día de todo esto; de San Francisco y de la Compañía; de San Agustín y la Merced; de la catedral sobre la Plaza Mayor y del Rosario sobre el Arco de la Loma; de las «recoletas» de San Diego y el Tejar; del Carmen Alto y el Bajo; de Santa Clara y Cantuña; del Hospital y del Belén. Hoy pretendíamos nada más llegarnos a Quito, puerta del cielo en lo alto de los Andes, gozar un poco de su paisaje y de su luz, y detenernos en el umbral de sus iglesias, dignas de España madre y de Dios Nuestro Señor...

ERNESTO LA ORDEN MIRACLE

Arriba, antiguo mapa de Quito, por Alcedo y Herrera (perspectiva caballera). A la derecha, convento de San Francisco, de tiempos de Carlos V.

